

LA LÁMPARA DEL SANTUARIO

Nº 5 — OCTUBRE-DICIEMBRE 2002





LA LÁMPARA DEL SANTUARIO

Edita:

Adoración Nocturna Española

Dirección:

Jesús González Prado

Consejo de Redacción:

Salvador Muñoz Iglesias

Pedro García Mendoza

Francisco Garrido Garrido

Avelino González González

Ángel Blanco Marín

Administrador:

Alberto Pastor Rodríguez

Colaboran en este número:

Domingo Muñoz León

José María Berlanga López

Andrés Molina Prieto

José Luis Otaño

Manuel Garrido Bonaño

Avelino A. Nistal

José Francisco Guijarro García

Redacción y Administración:

Barco, 29 -1.º

Teléf.: 91 522 69 38 - Fax: 91 446 57 26

28004 Madrid

www.adoracion-nocturna.org

E-mail: consejo@adoracion-nocturna.es

E-mail: consejo@adoracion-nocturna.org

Imprime:

Gráficas Blamai

Juan Pantoja, 14

28039 Madrid

Marca n.º 535.268

"La Lámpara del Santuario"

Depósito Legal:

M-42307 - 2001

ISSN 1579-9492

Sumario

- 1 Adorado sea el Santísimo Sacramento
Dios con nosotros
- 2 Nuestra portada
«La Cena» de Dalí
- 3 Palabra de Dios
Símbolos Eucarísticos en el Apocalipsis (V)
- 5 La fe de nuestros padres
San Juan Crisóstomo
- 7 La Misa en la Iglesia primitiva
La plegaria eucarística más antigua que se conoce
- 9 Vivieron la Eucaristía
Carlos de Foucauld
- 13 125 Aniversario
Crónica actos finales
- 17 Santuarios Eucarísticos
Emaús
- 19 Testimonio
Indulgencias orando ante el Santísimo
- 21 Ave María Purísima
La Creyente
- 22 Voz de la Iglesia
El Rosario durante la Adoración Eucarística
- 24 Tres Meses
- 26 Cantar a la Eucaristía
El Cirio
- 28 Algo de Historia
Yepes: Una parroquia en torno a la Eucaristía

ADORADO SEA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

DIOS CON NOSOTROS

LA Encarnación del Verbo y su Nacimiento en carne mortal han realizado, de manera insospechada, el título con que Isaías designó al futuro Mesías: «Emmanuel» = Dios con nosotros.

Lo que pudiera parecer un simple nombre teóforo para indicar la Providencia amorosa de Dios con su Pueblo mesiánico, es para nosotros una estremecedora realidad. Los humanos sabemos que desde la Nochebuena, Jesús recién nacido es realmente -físicamente- Dios con nosotros.

Durante algo más de tres décadas Dios hecho hombre se dejó ver y tocar. Tras su Muerte y Resurrección redentoras, Jesús volvió a los cielos, junto a su padre que lo había enviado, y los hombres perdieron la posibilidad de ver y tocar físicamente a Dios en forma humana.

Pero en la Eucaristía sigue verdadera, real y sustancialmente presente el mismo «Dios con nosotros», aunque sólo a través de las especies sacramentales físicamente asequible.

Hay todavía más.

La Eucaristía hace posible la *mutua presencia de Dios en nosotros y de nosotros en Él*, que no proporcionaba a sus vecinos y contemporáneos en Palestina la simple vista de Jesús en carne mortal, a pesar de su contacto físico. Ahora, sí: «El que come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en Mí y Yo en él» (Jn 6,56) -dice Jesús en Cafarnaum, empleando la misma expresión que usa frecuentemente para indicar su comunión de vida con el Padre: «El Padre está en Mí y Yo en Él» (Jn 10,38; 14,10.20; 17,21-23.26...)

De esta permanencia mutua (de nosotros en Cristo y de Él en nosotros) habla Jesús en su famosa alegoría de la Cepa y los sarmientos, con la que expresa nuestra necesaria unión con Él para salvarnos: «Yo soy la Cepa y vosotros los sarmientos. El que permanece en Mí y Yo en él, ése da mucho fruto; porque desgajados de Mí no podéis hacer nada. Si alguno no permanece en Mí, es arrojado fuera como el sarmiento y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden» (Jn 15,5s).

Juan Pablo II, en el acto de Adoración Eucarística que presidió en Sevilla, con ocasión del 45 Congreso Eucarístico Internacional de 1993, comentaba:

«¡Qué bien se entiende esta página desde el misterio de la presencia viva y vivificante de Cristo en la Eucaristía! Cristo es la Vid plantada en la Viña elegida que es el Pueblo de Dios, la Iglesia. Por el misterio del Pan eucarístico el Señor puede decirnos a cada uno: «El que come mi Carne y bebe mi Sangre habita en Mí y Yo en él» (Jn 6,56). Su vida pasa a nosotros, como la savia vivificante de la vid pasa a los sarmientos, para que estén vivos y produzcan frutos. Sin verdadera unión con Cristo -en Quien creemos y de Quien nos alimentamos- no puede haber vida sobrenatural en nosotros, ni frutos fecundos».

Nada nos interesa tanto como mantener esa *presencia mutua*.

Tratemos de que la vivencia eucarística la realice plenamente en nosotros.

NUESTRA PORTADA

«LA CENA» DE DALÍ

Perfil

¿Porqué Dalí dedicó sus pinceles a tema religioso cuando sus obras apenas tocan este género? Vivió externamente marginado de la religión; es admirador de Voltaire, pero ahí están sus cuatro Cristos, sus seis Vírgenes y algunos Santos, realizados en diferentes épocas y por motivaciones muy originales. No vale la fácil respuesta de que eran «encargos». No consta qué institución religiosa le hiciera un solo encargo. EL Cristo del Vallés fue una colaboración para los damnificados de esa Comarca. Vendido en subasta fue adquirido por un financiero milanés. Así las cosas, qué lo movió a pintar La Cena.

Estallada la segunda guerra mundial, Dalí advierte que el mundo europeo se hunde bajo sus pies. Pone sus ojos en Estados Unidos, durante ocho años desarrolla una actividad frenética, pintando y exponiendo, pronunciando conferencias, realizando decorados. Mas la vuelta a Port Lligat le permitirá recobrar el paisaje que nunca abandonaría.

Aquí y ahora le obsesiona el trabajo. Así describe Luis Romero (Todo Dalí en un rostro. Ed. Blume, 1975): «Inquietante y paradójico Dalí, exhibicionista patológico, escandaloso y agudo conferenciante, empresario de extravagancias, maestro de dibujo, licenciado en fantasía, doctor en pirotecnias literarias y, ante todo, pintor de una época desquiciada...» (p. 306).

En el manifiesto de Neully de 1951 decía: «lo más subversivo que puede sobrevenirle a un subrealista son dos cosas: 1.ª volverse místico; 2.ª saber dibujar. Estas dos formas de rigor me han sobrevenido y al mismo tiempo».

Aludía a sus simpatías por Voltaire. Alguien le preguntó el porqué; a lo que contestó Dalí: «las mismas relaciones que Voltaire sostenía con Dios... son las mías». Y refirió la siguiente anécdota: En la calle se cruzaron el filósofo francés y un amigo que le acompañaba con un sacerdote que llevaba el Viático a un enfermo. Voltaire se descubrió al paso del Sacramento. El amigo le preguntó

como justificaba tal muestra de reverencia dada su postura crítica ante la iglesia y la religión. Con Dios -replicó Voltaire- nos saludamos, pero no nos hablamos (o.c. 145). Ese es Dalí, un subrealista. En él encontramos irreverencias y emociones místicas y aun elogios a San Juan de la Cruz, a Sta. Teresa, a Ramón Lull.

El cuadro

En La Cena hay un plan y mensaje religioso original, en esquema similar al de L. da Vinci:

Hay unas líneas muy cuidadas de perspectiva centradas en Jesús: el paisaje rocoso y lo que parecen tres grandes bastidores, mantel y cabezas de apóstoles es la representación plástica de un cuerpo perfecto en sentido platónico: un dodecaedro. Los grandes brazos sin llagas en las manos tienen significado trinitario.

Jesús está pronunciando las palabras consacatorias, «emergiendo» de la artificiosa bahía de Port Lligat con tres barcas: una indica el cambio de la nueva alianza, las otras la cordialidad y la entrega. En Leonardo, las manos están abiertas sobre la gran mesa expresando tensamente el contraste de entrega y traición. Aquí no hay lugar para el traidor.

Es una escena subrealista, pero no por ello ajena a una gran expresión religiosa con sobriedad de símbolos eucarísticos: vaso de cristal con vino y un pan partido. Nos evoca las cestas de pan crujiente que pintó en 1926.

Cuando Juan Pablo II vio por vez primera la Virgen del Port Lligat captó el realismo de la unión Eucaristía - Encarnación en el corazón -pan-transparente del Niño. Aunque La Cena no sea el cuadro religioso más logrado de Dalí, cabe afirmar que el tema eucarístico fue, desde su infancia, fuente de inspiración para su pintura religiosa.

AVELINO A. NISTAL

PALABRA DE DIOS

SÍMBOLOS EUCARÍSTICOS EN EL APOCALIPSIS (V): EL BANQUETE DE LAS BODAS DEL CORDERO

EN los números anteriores de nuestra revista hemos visto la dimensión eucarística de algunos símbolos: el árbol de la vida (Apocalipsis 2,7), el maná escondido (2,17), la Cena con el Señor (3,20) y el alimento misterioso de la Mujer en el Desierto (12,6-14). Los tres primeros están encuadrados en la sección de Cartas o mensajes que Jesucristo envía a las Iglesias. El último está situado en la visión de la Mujer y del Dragón que abre la segunda sección de la parte profética del Apocalipsis. En esta sección el autor nos describe la gran confrontación entre las fuerzas hostiles a Dios de una parte y el Cordero y sus seguidores por otra. Las Bestias reciben del Dragón el poder de hacer la guerra a los Santos y de vencerlos temporalmente. Pero el Cordero y los suyos contraatacan en primer lugar con las visiones de la siega y la vendimia y después con el septenario de las copas. Así se anuncia la derrota de las Bestias y de la victoria del Cordero.

La caída de Babilonia

Los capítulos 17 y 18 del Apocalipsis prosiguen el mismo tema con la visión del castigo de Babilonia. Con el nombre de Babilonia se designa a la Roma pagana e idólatra que está persiguiendo cruelmente a los cristianos, primero con Nerón (54-68) y después con Domiciano (81-96).

El Apocalipsis presenta a Babilonia como una prostituta lujosamente vestida, sentada sobre una Bestia y bebiendo una copa llena de la sangre de los mártires.

Babilonia recibe el castigo del Señor. El vidente contempla proféticamente la ruina de la ciudad idólatra. Los reyes, los comerciantes y los marinos lanzan gritos de duelo por su caída.

Cantos triunfales en el cielo

En cambio en el cielo hay cantos de alegría: "Después oí en el cielo como un gran ruido de muchedumbre inmensa que decía: «¡Aleluya! La salvación y la gloria y el poder son de nuestro Dios, porque sus juicios son verdaderos y justos; porque ha juzgado a la Gran Ramera que corrompía la tierra con su prostitución, y ha vengado en ella la sangre de sus siervos»" (Ap 19,1-2).

Seguidamente viene una liturgia de adoración en el cielo: "Entonces los veinticuatro Ancianos y los cuatro Vivientes se postraron y adoraron a Dios, que está sentado en el trono, diciendo: «¡Amén! ¡Aleluya!" (19,4). Una voz salida del trono invita a todos los servidores de Dios a alabarle. En este momento encontramos una proclamación de la muchedumbre inmensa con dos grandes anuncios. El primero es el establecimiento del Reinado de Dios: "Y oí el ruido de muchedumbre inmensa y como el ruido de grandes aguas y como el fragor de fuertes truenos. Y decían: «¡Aleluya! Porque ha establecido su reinado el Señor, nuestro Dios Todopoderoso" (Ap 19,6). Esta proclamación es paralela a las que se habían producido tras la séptima trompeta (11,15-18) y tras la victoria de Miguel sobre el Dragón (12,10). Ello indica que es-

tamos en un momento decisivo de la intervención divina que juzga el mal. En Apocalipsis 19,11-20,15 con el doble combate escatológico se consumará la victoria sobre el Dragón, sobre las Bestias y sobre las fuerzas hostiles y se instaurará el Reinado de Dios sobre el mundo.

Las Bodas del Cordero

El segundo anuncio de la muchedumbre inmensa está unido inmediatamente al primero y es el siguiente: «Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero y su Esposa se ha engalanado y se le ha concedido vestirse de lino deslumbrante de blancura -el lino son las buenas acciones de los santos-» (Ap 19, 7-8).

Con la caída de Babilonia ha llegado el tiempo de las bodas del Cordero. Evidentemente se trata del desposorio definitivo de Cristo con su Iglesia. Según la Biblia de Jerusalén, las bodas del Cordero simbolizan el establecimiento del Reino celestial que



será descrito más adelante en los capítulos 21-22.

La imagen de las bodas había sido utilizada para expresar la relación de Dios con su pueblo. Así lo indican los profetas Oseas (1,2), Jeremías (2,2), Ezequiel (c. 16) y el Cantar de los Cantares. En el Nuevo Testamento esta imagen se ha aplicado al desposorio de Cristo con su Iglesia (Efesios 5,22-23). El Apocalipsis hace suya esta idea: El Esposo es el Cordero; la Esposa es la Iglesia; las galas son la santidad (las buenas acciones de los santos).

La idea de las Bodas es quizá el mejor símbolo para expresar el amor de Dios y su relación estrecha con el pueblo mediante la Alianza. Dios y el pueblo, en el Antiguo Testamento, y Cristo y la Iglesia en el Nuevo Testamento, son un misterio de comunión y amor que se expresa en la imagen del matrimonio.

El anuncio del Banquete

Tras el anuncio de las Bodas viene una invitación en forma de bienaventuranza: "Luego me dice: «Escribe: Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero». Me dijo además: «Estas son palabras verdaderas de Dios»" (19,9). Sin duda ese banquete es el banquete del Reino celestial. Pero aquí entra la alusión eucarística. Ese banquete celestial está anunciado, prefigurado y en parte anticipado en la Eucaristía. Admirablemente lo dice Santo Tomás de Aquino: "Oh Sagrado Banquete, en que se come a Cristo, se recuerda la memoria de su Pasión y se nos da una prenda de la vida futura". El banquete celestial se anticipa en la Eucaristía. En ella se realiza ya la alianza de Dios con su Pueblo. Por ello la Eucaristía es el banquete de las Bodas del Cordero, un banquete en que se anticipa ya la unión de Dios con el hombre. La Iglesia ha expresado bien esta relación cuando pone en labios del Sacerdote esta invitación antes de la Comunión: "Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la Cena del Señor". La dicha de la vida eterna se anticipa en cada Comunión.

DOMINGO MUÑOZ LEÓN

LA FE DE NUESTROS PADRES

SAN JUAN CRISÓSTOMO

«Primero la oración, después el sermón»

El personaje

JUAN de Constantinopla (354-407), denominado y conocido por su gran elocuencia «Crisóstomo (= boca de oro)» es una figura la, delicada, vibrante; exigente consigo, impetuoso y crítico frente a las injusticias; más propenso a la contemplación que a la acción; condenado por el ministerio episcopal al sufrimiento, traicionado por enemigos enmascarados; de temperamento parecido a Gregorio de Nacianzo, tuvo que luchar contra adversarios y colegas sin escrúpulos. Ofreció amistad y nobleza, pero no halló correspondencia.

Nacido en Antioquía, estudió retórica con el célebre Libanio. Bautizado y hecho lector de su iglesia, escogió la vida cenobítica que quebrantó su salud. En el 386 Flaviano lo ordena presbítero, destacando muy pronto por la elocuencia, se hizo famoso por los discursos «Sobre las estatuas». En el 397 es llamado a ocupar la sede de Constantinopla. Su sinceridad chocará enseguida con la corte, aunque se ganará el aplauso del pueblo llano.

La otra sede rival, Alejandría, y su obispo Teófilo, se mostraran recelosos de los éxitos de Juan. Mas éste será depuesto en el concilio llamado de la Encina, el 403. Desterrado, será enviado a Cúcuso en la baja Armenia y, más tarde, al Cáucaso, donde morirá el 14 de septiembre del 407 en Comana (Ponto).

Los escritos

Su abundantísima producción literaria proviene en su mayor parte de los discursos, sermones u homilías, aunque tiene también tratados de renombre, como «Sobre el sacerdocio», verdadera suma teológico-ascética para generaciones posteriores de sacerdotes. La época moderna le ha asignado unánimemente el meritorio título de «Doctor de la Eucaristía». De ella habla continuamente en sus páginas, sobre aspectos múltiples; lo que dificulta, a la hora de la verdad, hacer una síntesis u ofrecer una visión panorámica.

En ulteriores intervenciones glosaremos aspectos diversos de su pensamiento *eucarístico*. En la presente, nos vamos a fijar en un detalle curioso y singular: en la crítica que hace a los numerosos oyentes de sus homilías que se marchan de la celebración apenas ha concluido, sin quedarse a «los misterios».

En el tratado contra los anomeos, arrianos de tercera generación, que sostenían la diversidad de la esencia de Cristo respecto de Dios Padre, y pretendían escrutar el misterio de la divinidad, el Crisóstomo levanta la voz contra sus oyentes que se excusan de no participar en la eucaristía (dominical) con el pretexto de que en casa se puede orar solo. Leamos sus palabras y los argumentos de su crítica:

«Nunca me ha sido posible ver durante [la celebración eucarística] esta gran multitud de pueblo que ahora está aquí

multitud de pueblo que ahora está aquí reunida y que me escucha con tanta atención. Siempre he sentido dolor al constatar que mientras os habla un consero vuestro prestáis tanta atención, sumo interés, apretujándoos unos con otros y permaneciendo hasta el final. Pero, en cambio, cuando Cristo está a punto de mostrarse en los sagrados misterios, la iglesia se queda vacía y desierta».

El pensamiento

El gran predicador y moralista, lejos de sentirse ufano y complacido por el éxito o resultado de su arte oratorio, hace una abierta crítica de que el sermón que no lleva a la celebración no ha producido el mínimo provecho. Escuchémosle:

«Cómo disculpar tal comportamiento? Por vuestra pereza perdéis todo el mérito conseguido al escuchar el discurso tan aténtamente. Quién de vosotros

no podría replicarnos cuando constatamos que el fruto del discurso se ha volatizado tan pronto? Si prestáis atención a lo dicho, deberíais demostrar con las obras que habéis escuchado con atención. Mas, puesto que os vais apenas habéis escuchado, es señal inequívoca que no ha calado en la mente lo dicho. Porque si hubiera calado en vuestras almas, ciertamente permaneceríais en el templo y os acercaríais con mayor piedad a estos tremendos misterios. Mas como ahora escucháis como si fuera un músico al acabar el sermón, os vais desiertos de todo provecho».

Apoyándose en la sentencia de los apóstoles: «Nosotros nos dedicaremos a la oración y a la diaconía de la palabra» (Hech 6,4), para establecer que la *palabra* -sermón u homilía- sin oración (comunitaria y eucarística) no tiene provecho, prosigue:

«Se puede orar en casa, pero no es posible orar como en la iglesia, donde hay gran multitud y donde el clamor asciende unánime hasta Dios.

Cuando oras solo a Dios, no eres escuchado del mismo modo que cuando oras junto con tus hermanos. Aquí hay algo más: la concordia, la sinfonía, el vínculo de la caridad y las plegarias de los sacerdotes. Porque los sacerdotes presiden para que las más débiles oraciones de la multitud, unidas a las suyas, son más eficaces, pueden subir conjuntamente con las suyas al cielo. Por lo demás, ¿qué provecho tiene una homilía si no está unida a la oración? (De incomp. Dei adv. anom. Hom. 3,6, pg. 48, 725).

Vemos cómo un gran predicador del S. IV, que a la vez fue creador de una «liturgia», que ha llegado a nuestros días, aclara el vínculo estrecho e inseparable de las dos partes de toda celebración eucarística, la de la palabra y la del sacramento.

JOSÉ M.^A BERLANGA



LA MISA EN LA IGLESIA PRIMITIVA

LA PLEGARIA EUCARÍSTICA MÁS ANTIGUA QUE SE CONOCE

LA plegaria eucarística más antigua que se conoce es la que se encuentra en la llamada «Tradición Apostólica» de San Hipólito de Roma, pues la que se encuentra en la «Didajé», que ya publicamos aquí, es muy discutida por los especialistas.

Un poco de historia

Cuando Orígenes visitó la comunidad cristiana de Roma, hacia el año 212 oyó en una iglesia un sermón sobre la alabanza de nuestro Señor y Salvador. El sacerdote predicador era Hipólito de Roma. Más tarde fue el primer antipapa. Pero murió mártir el año 235 y es venerado por la Iglesia como santo hasta nuestros días.

En el Museo Lateranense de Roma se conserva la famosa estatua de San Hipólito, descubierta el año 1551. Tiene todas las características de ser una estatua realizada en el siglo III. En la silla en que está sentado el santo aparecen grabadas su tabla pascual y una lista completa de sus obras, entre ellas la «Tradición Apostólica» Su composición tuvo lugar hacia el año 220. De todos los escritos de San Hipólito es el que más interés ha tenido. Si exceptuamos la «Didajé», es el más antiguo y el más importante de las constituciones eclesiásticas de la antigüedad, pues contiene un ritual rudimentario con reglas y formas fijas para la ordenación y otras funciones de los distintos grados de la

jerarquía eclesiástica, para la celebración de la Eucaristía y la administración del bautismo. Como hemos dicho, su importancia es grande, pues ha proporcionado una nueva base para la historia de la liturgia romana y nos ha dado la fuente más rica de información que poseemos para el conocimiento de la constitución y vida de la Iglesia durante los tres primeros siglos.

El texto original de la «Tradición Apostólica» se ha perdido. Pero existen traducciones copias, árabes, etiópicas y latinas. La versión latina que se remonta probablemente al siglo IV y fue descubierta en un palimpsesto de fines del siglo V, en la biblioteca del cabildo de la catedral de Verona (Italia), y es tan servilmente literal y sigue tan de cerca la construcción y la forma griegas, que es posible reconstruir el texto original a base de ella. Se publicó por vez primera el año 1900.

Traducción del texto latino

Después de la ordenación de un obispo se dice:

«Ofrézcanle los diáconos la obración, y él, imponiendo las manos sobre ella, junto con todos presbíteros, dando gracias, diga: El Señor esté con vosotros. Y todos digan: Y con tu espíritu. Arriba los corazones. Los tenemos dirigidos al Señor. Demos gracias al Señor. Es cosa digna y justa. Y continúe así:

Te damos gracias, oh Dios, por medio de tu amado Hijo Jesucristo, el cual nos enviaste en los últimos



tiempos como Salvador y Redentor nuestro y como anunciador de tu voluntad. Él es tu Verbo inseparable, por quien hiciste todas las cosas y en el que te has complacido. Lo enviaste desde el cielo al seno de una Virgen, el cual fue concebido y se encarnó, y se mostró como Hijo tuyo nacido del Espíritu Santo y de la Virgen. Él cumpliendo tu voluntad y conquistándote tu pueblo santo, extendió sus manos padeciendo para librar del sufrimiento a los que creyeron en Tí, el cual, habiéndose entregado voluntariamente a la pasión, para destruir la muerte, romper las cadenas del demonio, humillar al infierno, iluminar a los justos, cumplirlo todo, y manifestar la resurrección, tomando pan y dándote gracias, dijo: Tomad y comed: Éste es mi cuerpo, que por vosotros será destrozado. Del mismo modo tomó el cáliz, diciendo: Ésta es mi sangre, que por vosotros será derramada; cuando hacéis esto, renováis el recuerdo de mi.

Recordando, pues, la muerte y la resurrección de Él, te ofrecemos el pan y el cáliz, dándote gracias, porque nos tuviste por digno de estar delante de Tí y de servirte. Y te pedimos que envíes tu Espíritu Santo a la oblación de la Santa Iglesia. Juntándonos en uno, da a todos los santos que la reciben, que se-

an llenos del Espíritu Santo para conformación de la fe en la verdad, para que te alabemos y glorifiquemos por tu Hijo Jesucristo, por medio del cual honor y gloria a Tí, al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo, en tu santa Iglesia, ahora y por los siglos de los siglos. Amén».

Esta plegaria eucarística, con algunas correcciones, es la misma que aparece en el nuevo Misal promulgado por Pablo VI, como la segunda.

En la «Tradición Apostólica» se encuentran otros textos alusivos a la sacratísima Eucaristía, sobre todo en el ritual del bautismo:

«Los que han de ser bautizados no traigan ningún otro cáliz, sino el que cada uno ha de traer para la Eucaristía. Pues es conveniente que el que ha sido hecho digno ofrezca en seguida la oblación».

Siguen otras normas muy interesantes, que posiblemente las trataremos en otro artículo. Ellas nos da una relación bellísima que nos muestra el fervor y el respeto que en aquellos primeros siglos del cristianismo se tenía por el gran Sacramento del Amor.

MANUEL GARRIDO BONAÑO, O.S.B.

VIVIERON LA EUCARISTÍA

CARLOS DE FOUCAULD

HE aquí una figura eucarística fascinante que resplandece con fulgores propios como astro de primera magnitud. Cabalgó entre la segunda mitad del siglo XIX y las dos primeras décadas del pasado siglo XX. Enamorado ardiente de la Eucaristía, murió como él lo había deseado: de rodillas, con su mirada extática sobre la Blanca Hostia, con una entrega incondicional a su «Bienamado Hermano y Señor Jesucristo».

Síntesis biográfica

Nace en Estrasburgo (Francia) el 15 de septiembre de 1858. No ha cumplido los seis años cuando pierde a su madre el 13 de marzo de 1864, y a su padre el 9 de agosto del mismo año. A pesar de los tremendos avatares de su vida, recordará siempre las últimas palabras de su progenitora en el lecho de muerte: «¡Dios mío, hágase tu voluntad y no la mía!». Su educación es confiada al abuelo materno, el coronel Mollet, hombre piadoso, enamorado de la literatura y de la arqueología, pero incapaz de responder a las inteligentes preguntas de su inteligente nieto, alumno aventajado del Liceo de Nancy. A los quince años comienzan las dudas de fe hasta perderla progresivamente del todo

en 1873. Se trató de una pérdida real de la primera virtud teologal y escribe así a un íntimo amigo: «Durante doce años he vivido sin fe alguna». Descreído, vivió su juventud en completo abandono moral: «Yo vivía -escribirá más tarde- como puede vivirse cuando se ha extinguido la última chispa de fe». En 1876 ingresa en la Academia Militar de Sant-Cyr, estimulado por el ejemplo de su abuelo y deseoso de gloria humana. Nombrado subteniente pasa a la Escuela de Caballería de Saumur, pero vive entregado a toda clase de frivolidades.

En una inspección de 1879 escucha este triste informe: «No tiene en grado suficiente el sentimiento del deber». Participa en una campaña militar de Argelia, y cesa en 1881 por indisciplina y mala conducta. Carlos de Foucauld está totalmente descentrado, con viva conciencia de su desesperado ateísmo, pero su espíritu inquieto descubre entre lejanas brumas la luz relampagueante de Dios que le asedia, preparando la aurora de su conversión. Porque dentro de las espesas tinieblas en que se debate, no puede olvidar el testimonio religioso del mundo musulmán de Argelia y Marruecos, como una viva llamada a resucitar su fe.

Llega así el año decisivo de 1886 en que se instala en París muy cerca de la Iglesia de Saint-Agustin. Comienza a leer las «Elevacio-

nes sobre los misterios» de Bossuet, regalo familiar de su Primera Comunión. Se pasa las horas repitiendo, en busca de un rayo de luz, esta corta oración: «Dios mío, si existís, haced que yo os conozca». Por fin el 30 de octubre del mismo año confiesa y comulga. Su retorno a Dios es tan firme como definitivo: «Apenas creí que había Dios, comprendí que sólo podía vivir para Él». Tenía entonces 28 años y se muestra íntimamente convencido de que su conversión ha sido un milagro exclusivo de Dios misericordioso. Su itinerario espiritual a partir de esta crucial experiencia del encuentro con Dios, es rectilíneo. Brujulea, pero es sólo buscando cómo podrá vivir con más plenitud su entrega, es decir, en qué estado podrá servir con mayor perfección a Jesucristo. Comienza para él una etapa difícil. Se formula acuciantes interrogaciones en la búsqueda exacta de la voluntad de Dios. Lee y medita sin cesar la vida de Jesús: «El evangelio me hizo ver que el primer mandamiento es amar a Dios con todo el corazón, y que todo ha de encerrarse en el amor cuyo primer efecto es la imitación».

Intenta realizar su vocación con los trapenses en Notre Dame des Neiges, y seguidamente en Akbés (Siria). Viene después su vocación sacerdotal y sus estudios teológicos en Roma. Abandona la Trapa y marcha a Tierra Santa para vivir como ermitaño en Nazaret. No le interesa tanto vestir el hábito en una determinada orden religiosa, cuanto vivir con total fidelidad el auténtico espíritu contemplativo en la más completa pobreza y total desprendimiento. Después de un trienio en Tierra Santa regresa a Francia y el 9 de junio de 1901 se ordena sacerdote en Viviers, a los 43 años. Pasa a Marruecos para preparar su evangelización y celebra su Primera Misa en Beni Abbés preparándose para fundar su Primera Fraternidad y acogiendo a pobres y enfermos. Es para todos el «Hermanito Universal». Redacta unas «Reglas» para los que deseen compartir con él su vida abnegada. Después de cinco años se traslada a

Tananrasset donde permanece los diez últimos años de su existencia como un contemplativo del desierto y como humilde servidor de cuantos acuden a él. Su vida se ha convertido en un aparente fracaso. Pero antes de su muerte lanza este grito desde la cruz de su calvario interior: «Diez años llevo diciendo la Misa en Tananrasset y no puedo contar ni un solo convertido».

El 1 de diciembre de 1916 muere en la heroica soledad de verdadero adorador eremita, sin ningún compañero ni discípulo, víctima de una emboscada asesina, al ser confundido por un espía. Ese mismo día había escrito en su Diario Espiritual: «Se siente que se sufre, pero no siempre se siente que se ama y esto es un grave sufrimiento más». Quince años después de su muerte, sepultado en el surco como fecundo grano de trigo, surgieron los «Hermanitos de Jesús» hoy presentes en todo el mundo católico como herederos espirituales del P. Carlos Foucauld. El sueño del Hermano Carlos quedaba cumplido de manera postuma y «el páramo se volvía un vergel» (Isaías 32,15).

Disponibilidad sin condiciones

La mayor parte de su vida en el desierto se la pasó adorando la Sagrada Eucaristía en una modestísima tienda de campaña. Todos sus Escritos están inspirados a la sombra de la pequeña Custodia y de su pobrísimo Sagrario. Todo lo que salió de su pluma está transido por una autenticidad evangélica que contagia. Era de veras un alma que amaba apasionadamente a Cristo buscando como única obsesión *el mejor modo de imitarle*. A esta única meta encaminó todos sus esfuerzos durante los treinta años que transcurrieron desde su conversión (1886) hasta su muerte (1916). El esquema de su sencilla y a la vez profunda espiritualidad cabe en pocas frases: imitar la pobreza de Jesús, fidelidad al «Amado oculto», sentimiento de la adoración, sacerdocio reparador en el desierto de las bie-

naventuranzas. Entre sus Meditaciones destaca una plegaria programática que podemos calificar como la oración de la disponibilidad sin condiciones. Su texto es muy conocido y muchas personas lo recitan para ofrecerse al Señor en lo más duro y exigente de la vida cristiana:

«Padre: Me pongo en tus manos. Haz de mí lo que quieras. Sea lo que sea te doy las gracias. Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo, con tal de que su voluntad se cumpla en mí y en todas tus criaturas. No deseo nada más, Padre. Te confío mi alma, te la doy con todo el amor de que soy capaz, porque te amo y necesito darme, ponerme en tus manos sin medida, con infinita confianza, porque Tú eres mi Padre».

Carlos de Foucauld deseaba que se leyeran a menudo las vidas de los santos y hombres de Dios porque las consideraba como *una especie de comentario al Evangelio*. Su divisa era bien sencilla: «Amor, amor, bondad, bondad». A cada cristiano se le pide imitar en su estado el «Fiat» de María ante los misteriosos caminos de Dios a quien no podemos exigir cuentas de lo que manda, dispone y permite». Por ello es imprescindible un profundo sentido providen-

cialista convencidos de que Dios todo lo dispone con número, peso y medida, puesto que su providencia se extiende poderosa del uno al otro confín y lo gobierna todo con exquisita suavidad (Sab 8,10 y 11,21). El ideal de este «Hermanito Universal» se sintetiza así: «Leer y releer continuamente el Santo Evangelio, para tener siempre ante el espíritu, los actos, las palabras, las ideas de Jesús a fin de pensar, hablar y obrar como Él».

Apasionado adorador: Textos Eucarísticos

1. Vos estáis ahí, mi Señor Jesús, ¡En la Sagrada Eucaristía! ¡Vos estáis ahí, a un metro de mí, en el Sagrario! ¡Vuestro cuerpo, vuestra alma, vuestra humanidad, todo vuestro ser está ahí con su doble naturaleza! ¡Qué cerca estáis Dios mío! Dígnate darme ese sentimiento de tu presencia en mí y en torno a mí y ese amor temeroso que se siente en presencia de aquel a quien se ama apasionadamente y que nos hace quedarnos ante la persona amada sin poder apartar los ojos de ella con un gran de-





seo de hacer cuanto le agrada, con un gran temor de hacer, decir o pensar cualquier cosa que le disguste.

2. La Sagrada Eucaristía es Jesús, todo Jesús. Todo el resto no es sino una criatura muerta. En la Sagrada Eucaristía, vos estáis todo entero, totalmente vivo, mi bienamado Jesús, tan plenamente como estábais en casa de la Sagrada Familia de Nazaret, en casa de Magdalena en Betania, como estábais en medio de vuestros Apóstoles. ¡No estemos jamás fuera de la presencia de la Sagrada Eucaristía ni uno solo de los instantes que Jesús nos permita estar junto a ella!

3. Corazón Sagrado de Jesús, gracias por el don eterno de la Sagrada Eucaristía: gracias por estar de esta manera siempre con nosotros, siempre bajo nuestro techo, siempre ante nuestros ojos, cada día en nosotros. ¡Gracias por daros, entregaros, abandonaros así, todo entero a nosotros! El medio mejor y más sencillo de unirnos al Corazón de Jesucristo, es hacer, decir

y pensar todo con Él y como Él, manteniéndose en su presencia e imitándole. En todo lo que hagamos, digamos, pensemos, decirnos: Jesús me ve, veía este instante durante su vida mortal: ¿cómo actuaba, hablaba, pensaba Él? ¿Qué haría, diría, pensaría en mi lugar? Mirarle e imitarle. Jesús mismo indicó a sus Apóstoles este método tan sencillo de unión con Él.

4. La Eucaristía no es solamente la comunión, el beso de Jesús, el matrimonio con Jesús: es también el Sagrario y la Custodia, Jesús presente en nuestros altares «todos los días hasta la consumación de los siglos», verdadero Emmanuel, verdadero *Dios-con-nosotros*, expuesto a cualquier hora, en todos los lugares de la tierra, a nuestras miradas, a nuestra adoración, a nuestro amor, y transformando por esta presencia perpetua la noche de nuestra vida en una iluminación deliciosa. La Eucaristía es Dios con nosotros, es Dios en nosotros, es Dios dándonosos perpetuamente para amar, adorar, abrazar y poseer. A Él la gloria, alabanza, honor y bendición por los siglos de los siglos. Amén.

Sean suficientes los brevísimos textos citados para valorar la gigantesca talla eucarística del P. Carlos Foucauld que leía siempre los Evangelios arrodillado junto al Santísimo Sacramento. Insistía mucho en esta práctica y escribía: «Hay que intentar impregnarse del espíritu de Jesús, leyendo y releendo, meditando y reeditando sin cesar sus palabras y ejemplos. Que hagan en nuestras almas como la gota de agua que cae una y otra vez sobre una losa, siempre en el mismo lugar».

Hemos de educar y alimentar sólidamente nuestra piedad eucarística haciéndola cada día más evangélica y testimonial. En Jesús Eucaristía poseemos todos los tesoros y en ocasiones solemos olvidarlo. Que el heroico Carlos de Foucauld -próximo a ser beatificado- nos ayude con su ejemplo e intercesión a vivir con plenitud nuestra inapreciable vocación eucarística.

ANDRÉS MOLINA PRIETO, PBRO.



125 ANIVERSARIO



«... Más de 4.000 adoradores acompañaban a 300 banderas blancas...»

EN los números anteriores hemos dejado constancia de los distintos actos celebrados dentro del Año Jubilar Eucarístico, conmemorativo del 125 Aniversario; en el presente, que coincide con la clausura del mismo, recogeremos una crónica sobre los actos finales que tuvieron lugar en Madrid durante el mes de septiembre,

SIMPOSIO

Los días 20, 21 y 22 en el teatro del Colegio de los PP Salesianos se celebró un simposio sobre la figura del fundador Luis de Trelles y Noguero.

La conferencia inaugural corrió a cargo del Exmo. y Rvdmo. Sr. Don José Gea Escolano, Obispo de Mondoñedo - El Ferrol, que versó sobre el tema " **Luis de Trelles, Apóstol de la Eucaristía**". En los días sucesivos se dictaron sendas ponencias: " **La Adoración Nocturna en España**" y " **Luis de Trelles, ¿Un Santo para Hoy?**" por los profesores don Manuel Abol-Brason y don Francisco Puy, respectivamente. También tuvieron lugar dos mesas redondas que respondieron a los títulos " **Luis de Trelles, Parlamentario y Jurista**" y " **Periodista y Apóstol**" en las que intervinieron don Julio Padilla, don



«... El acto, presidido por el Alcalde de Madrid...»

Francisco Fontecillas, don Antonio Troncoso, don Ramón Pi, don Carlos Lafarga y don Enrique Caride.

HOMENAJE

A las siete de la tarde del día 24, ante más de 200 adoradores, se descubrió una placa conmemorativa en la fachada de la iglesia de las R.R. M.M. Esclavas del Sagrado Corazón, C/ Cervantes 17, lugar que ocupó el antiguo convento de San Antonio del Prado, en cuya iglesia el 3 de noviembre de 1877 se celebró la primera vigilia de la ANE.

En el acto, presidido por el Alcalde de Madrid, Exmo Sr. D. José María Álvarez del Manzano, intervinieron don Antonio Troncoso de Castro, Presidente de la Fundación Luis de Trelles y don

Francisco Garrido Garrido, Presidente de la Sección de Madrid y del Consejo Archidiocesano. El Sr. Alcalde cerró el acto con unas hermosas palabras de exaltación a don Luis de Trelles, al que calificó como: *... "un político honrado y eficaz... que trabajó por los intereses de todos y protegió a los más débiles."*

TRIDUO PREPARATORIO

Como preparación a la Gran Vigilia Nacional, los días 24, 25 y 26 en la Basílica de la Milagrosa, ligada de forma especial a la vida de la Adoración Nocturna de Madrid, se celebró un solemnísimo Triduo, al que asistieron un gran número de adoradores, que llenaron cada tarde, las amplias naves del templo.

Las Eucaristías fueron presididas por los Exmos. y Rvdmos. Sres. D. Cesar A. Franco Martínez, Obispo Auxiliar de Madrid; D. Francisco José Pérez y Fernández - Golfín, Obispo de Getafe y D. Manuel Ureña Pastor, Obispo de Cartagena y Director Espiritual Nacional de la ANE. Cada día las celebraciones respondieron a los siguientes títulos: 1º "La Eucaristía, Fuente y Culmen de la Vida Cristiana"; 2º "La Virgen María, Imagen y Madre de la iglesia" y 3º "Testigos de Cristo Redentor en el Mundo"



"...A las cuatro de la tarde se alcanzó el mayor número de participantes, 1.200.

ASAMBLEA NACIONAL

El encuentro nacional, celebrado en el salón de actos del Colegio de Nuestra Señora de las Maravillas, dio comienzo en la tarde del viernes, 27 de septiembre a las 18:00 horas, tras la oración de vísperas entonada por más de 600 participantes. El Vicepresidente del Consejo Diocesano de Madrid, D. Alfonso Caracuel expuso un espléndido resumen de los actos celebrados en el transcurso del Año Jubilar. Le siguió la conferencia "Actualidad y Vigencia de la Adoración Nocturna" a cargo de don Santiago Arellano Hernández, Director General de Enseñanza del Gobierno de Navarra y adorador nocturno.

La celebración de la Santa Misa, presidida por el Director Espiritual Diocesano de Madrid, don José Luis Otaño, y una concurrida cena pusieron fin a la jornada.

El sábado 28, en esta ocasión en la capilla del centro, con participación de más de 700 adoradores, iniciamos la segunda jornada de la Asamblea. Concluida la oración de Laudes, D^a María Carrascosa Pérez, médico y Vocal de Espiritualidad del Consejo Archidiocesano de Valencia dictó la conferencia "No Estamos Solos", y el Vocal Nacional de Jóvenes, así como el Secretario y Tesorero del Consejo Nacional, ofrecieron sendos informes relacionados con sus respectivas competencias.

De nuevo en el teatro, el Grupo de Jóvenes Artistas y Músicos de las parroquias de Cuenca, pusieron en escena el auto musical "Es Nuestra Historia", referido a la historia de la Salvación.

A las cuatro de la tarde se alcanzó el mayor número de participantes en la Asamblea, 1.200, que tuvieron oportunidad de escuchar la conferencia "Tarea Evangelizadora de la ANE" pronunciada por el adorador veterano constante y Presidente de la Audiencia

Nacional, D. Carlos Divar, y las palabras de clausura pronunciadas por el Presidente Nacional, D. Pedro García Mendoza y el Vicedirector Espiritual del Consejo Nacional, D. Salvador Muñoz Iglesias.

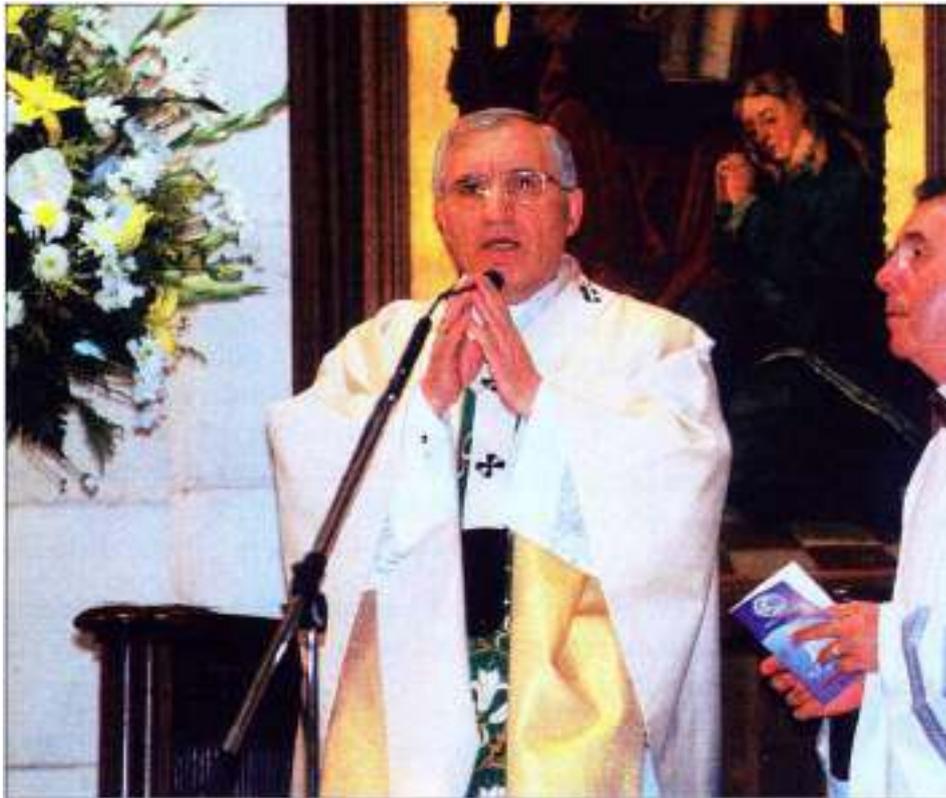
LA VIGILIA

En la tibia noche del 28 de septiembre, más de 4.000 adoradores venidos de toda España acompañaban por las calles de Madrid a 300 banderas blancas, mientras desde la megafonía, instalada por todo el recorrido, resonaban las invocaciones de la Letanía de los Santos.

La catedral de la Almudena completamente ocupada de fieles, muchos de ellos de pie pese a



El mensaje del Santo Padre.



«... La Gran Vigilia de clausura, presidida por el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo...»

los más de 3.500 asientos dispuestos, fue el escenario extraordinario de la Gran Vigilia de Clausura, presidida por el Emmo. Sr. D. Antonio María Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española, y con el que concelebraron en la Eucaristía 50 Directores Espirituales de la Adoración Nocturna, así como miembros del Cabildo Catedralicio.

El profundo silencio con que fue seguida la celebración litúrgica expresaba el fervor de los fieles, muchos de ellos venidos desde tierras muy lejanas, tal es el caso de los adoradores de California, Malabo, Santo Domingo, etc...

El Sr. Cardenal en su homilía al evocar la primera vigilia, un 3 de noviembre de 1877, frío y despacible, recordó el ambiente social y religioso de aquellos tiempos recios, donde junto a graves problemas sociales, que hacía triunfar al marxismo y estaba larvado el sueño de la revolución, se vivía el desarrollo de la idea del hombre nuevo, desligado de su pasado, con olvido de cualquier referencia a Dios; se descubría el

entrañable misterio del Sagrado Corazón de JesúsEran los tiempos de Santa Teresa de Lisieux, de León XIII. ...En este clima nacía la Adoración Nocturna Española con aquellos hombres que apostaban por un hombre que necesita conversión, misericordia, perdón, redención y gracia... que necesita amor, un amor verdadero de Dios... no había otro camino que llevar al Corazón Sacramentado de Jesús... ni mejor actitud que la de la Adoración Nocturna... con esto... hablaban de un futuro de esperanza... que sí tenía que ver con el hombre.

Tras la celebración de la Santa Misa el Santísimo expuesto en la custodia fue adorado, y con su bendición todos iniciábamos el regreso a nuestros hogares "con la alegría de haber estado reunidos los hermanos".

El mensaje del Santo Padre, leído por el Sr. Cardenal, nos alentó a todos a seguir en el apostolado de la propagación del culto de adoración al santísimo Sacramento.

CRONISTA

SANTUARIOS EUCARÍSTICOS

EMAÚS

Tenía que ser así.

Como yo me lo había imaginado siempre. Como se lo había hecho adivinar a tantas generaciones cristianas el pincel insuperable de San Lucas.

Tenía que ser así: Un oasis en el yugo montañoso de Judea, asomado a la Sefela, cubierto de pinos añosos y de suaves olivos.

Este pueblo de El-Qubeibeh, a unos 11 kilómetros de Jerusalén, es, según respetable tradición, el lugar donde Cleofás tenía una casa de campo y adonde él y su compañero de viaje se dirigían el Domingo de Pascua por la tarde. Aquí han levantado los PP. Franciscanos un airoso Santuario. ¡Y qué bien le va el florido parterre a la entrada, y hasta el parque vallado a la izquierda con tímidas gacelas y bambis...!

Yo me he ido derecho al Sagrario. Y en conversación amigable con el Señor me he puesto a saborear el cap. 24 del Evangelio de San Lucas.

- «Dos discípulos de Jesús iban caminando... Y mientras conversaban y discutían, Jesús se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos estaban incapacitados para reconocerle» (Le 24,13 y 15).

Igual nos pasa a nosotros.

Pero también, como entonces junto a ellos, estás ahí ahora muy cerca, peregrino con todos los hombres, caminante de todos sus caminos, y a la vera de todos a lo largo de los siglos.

Perdónanos, Señor, si alguna vez, embebidos en nuestras conversaciones de acá, no respondemos a tu saludo o se nos hace molesta tu compañía.

- A la pregunta de Jesús los viajeros le explican su tristeza por los acontecimientos de los últimos días. Y Jesús les dice «¿Cuáles?» (vv. 17-19).

¿Te haces de nuevas, Señor? ¡Qué manera tan fina de quitarle importancia al heroísmo generoso del Viernes! No como nosotros, que continuamente Te estamos ponderando y recordando los pequeños sacrificios que hacemos por Tí.

- Los discípulos le refieren lo sucedido, manifestando lo mucho que Le querían, pero reconociendo desoladoramente que se les ha muerto la esperanza puesta en Él. Y Jesús les responde: ¡Qué necios sois y qué torpes para creer lo que anunciaron los Profetas! (vv. 19-25).

Ríñenos siempre, Señor,

Porque seguimos sin entender tu Cruz.

No queremos convencernos todavía de que a



partir del Viernes Santo -cuando tu Cruz tendió un puente entre la tierra y el cielo- todas las bendiciones pasan de la orilla de Dios a la orilla del hombre en forma de cruz, y solo colgados de ella podemos pasar nosotros, sobre las aguas turbulentas del mundo, de la región de las sombras al país de la luz.

En el camino el Señor «les fue explicando lo que a Él se refería en toda la Escritura» (v. 27) ¡Lástima que nadie cogiera en cinta magnetofónica esa maravillosa clase de exégesis bíblica!

- «Llegaron a la aldea adonde iban. Y Él fingió seguir adelante. Pero ellos le apremiaron diciendo: ¡Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída!» (vv. 28 y 29).

El Señor finge ir de prisa. No es que se va. Es que le gusta oírnos decir que se quede.

Los de Emaús se lo dicen: ¡Quédate con nosotros!

Tratan de amedrentarle con los aullidos de los chacales en las quiebras de los montes, o con el peligro de los salteadores en la oscuridad de los caminos.

En realidad eran ellos quienes tenían miedo.

Como nosotros hoy. Y por eso le decimos:



«Quédate, Buen Jesús, que anochece y se apaga la fe;

que las sombras avanzan, Dios mío, y el mundo no ve.

Quédate con nosotros, tus hijos,

Oh Divino Jesús;

Te decimos lo mismo que un día

los dos de Emaús».

- «Entró para quedarse con ellos. Y sucedió que, habiéndose puesto a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo daba. Y se les abrieron los ojos y le reconocieron» (vv. 29-31).

Cada vez que a lo largo de su vida los discípulos de Emaús participaron en la Eucaristía, revivieron este momento.

Siguieron sin verlo. Pero Le supieron presente.

Como nosotros ahora ante el Sagrario.

Aquella noche en Emaús, sentándote con ellos a la mesa y repitiendo los gestos de la Última Cena, les dijiste que Te habías adelantado a responderles: «Con vosotros me quedo».

Yo ya sé que no te irás.

Déjame que Te cante con el poeta mejicano Junco:

«Quédate con nosotros, que atardece.

Atardece y Te quedas con nosotros.

Partióse el pan y Tu no te partiste.

¡Oh Divino Emaús sin despedida!»

O con fray Damián de Vegas:

«Estate, Señor, conmigo,
siempre, sin jamás partirte;
y, cuando acordares irte,
allá me lleva contigo:

Que el pensar si Te me irás
me causa un terrible miedo
de si yo sin Tí me quedo,
de si Tu sin mí Te vas.

Quédate con nosotros, Señor;
porque se hace de noche son Tí.
Por esto más que la muerte
temo, Señor, tu partida;

y quiero perder la vida
mil veces más que perderte;
pues la inmortal que Tu das
¡ay! ¿cómo alcanzarla puedo,
cuando yo sin Tí me quedo,
cuando Tu sin mí Te vas?».

SALVADOR MUÑOZ IGLESIAS

TESTIMONIO

INDULGENCIAS ORANDO ANTE EL SANTÍSIMO

LOS cristianos no solemos apreciar, como es debido, el beneficio de las Indulgencias, por el que los méritos de Cristo y de los Santos nos liberan de la pena temporal por nuestros pecados, aun después de haber sido absueltos de la culpa y de la pena eterna. Lo que deberíamos penar en el Purgatorio se nos perdona aquí, por los méritos de otros, administrados por la Iglesia en base al dogma de la Comunión de los Santos. A su vez, nosotros podemos canalizar esos méritos en favor de los difuntos que ya no pueden merecer. Con un pequeño sacrificio por nuestra parte podemos cada día sacar un alma del Purgatorio.

La indulgencia es *parcial* o *plenaria*, según libre en parte o en todo de la pena temporal debida por los pecados. Una y otra aprovechan al que cumple las condiciones. No pueden aplicarse por los vivos, pero sí por los difuntos.

Para ganar la Indulgencia plenaria (sólo una al día), además de la exclusión de todo afecto a cualquier pecado, incluso venial, se requiere la ejecución de la obra enriquecida con indulgencia y el cumplimiento de tres condiciones: Confesión sacramental, Comunión eucarística y oración por las intenciones del Sumo Pontífice (*Padrenuestro* y *Avemaria*, o algo parecido).

Indulgencias parciales

Son numerosas las obras y oraciones enriquecidas con indulgencia parcial. Entre otras: El rezo del Angelus, la oración al Santo Angel, el «Alma de Cristo, santifícame», el Credo, la Salve, las Letanías, una visita al Santísimo de menos de media hora. Conviene formular de una vez para siempre nuestra intención de ganar todas las indulgencias concedidas, aunque no sepamos la obra a la que están vinculadas, y aun cuando no nos acordemos de que están indulgenciadas al practicarlas.

Lista de indulgencias plenarias

Tienen concedida indulgencia plenaria determinadas obras que podemos realizar ante el Santísimo Sacramento.

Tales son:

- Media hora de Adoración ante el Santísimo.
- El rezo de la Tercera Parte del Rosario (5 misterios) con piadosa meditación sobre los mismos, en una Iglesia u Oratorio, *en familia*, en una comunidad religiosa o *en una Asociación piadosa*. (Aunque sólo se puede ganar una indulgencia plenaria cada día, en cada Vigilia se



pueden ganar dos: una por el Rosario antes de media noche, y otra por la hora de vela pasada la media noche).

- El rezo del *Te Deum* el último día del año (Se gana con el *Ejercicio de Fin de Año*).

- El Ejercicio del *Via Crucis* ante estaciones debidamente erigidas (se gana en el último Turno de Vela del Jueves Santo).

- El canto del *Tantum Ergo* el día de Jueves Santo y en la Solemnidad del Corpus (se gana asistiendo a la primera parte de la Vigilia del Jueves Santo, y tomando parte en la Vigilia del Corpus).

- Visita a una Iglesia u Oratorio el día de la Conmemoración de los Fieles Difuntos o en la fecha señalada por el Obispo del lugar. (Esta indulgencia, que necesariamente debe aplicarse por los Difuntos, se gana asistiendo a la Vigilia Extraordinaria de Difuntos).

Fuera de estos casos, que particularmente afectan a los Adoradores, *gana indulgencia plenaria*:

- El que recibe, aunque sea por radio o televisión, la Bendición Papal *Urbi et Orbi* o la que

en su nombre imparte tres veces al año el Obispo del lugar.

- El que visita un Cementerio, orando por los difuntos, los días del 1 al 8 de noviembre.

- El que adora la Cruz el Viernes Santo.

- El que hace Ejercicios Espirituales, al menos durante tres días.

- Los acompañantes del que hace la Primera Comunión o del Sacerdote que celebra su Primera Misa o el 25, 50 o 60 aniversario de su Ordenación.

- El que hace lectura espiritual sobre la Sagrada Escritura durante media hora.

- El que renueva las promesas del Bautismo en la Vigilia Pascual del Sábado Santo o en el aniversario de su propio Bautismo.

Es consolador saber que con cosas que tan poco nos cuestan podemos sustituir anticipadamente nuestro Purgatorio, y hacer que salgan de él los que todavía necesitan purgar por sus pecados ya perdonados. ¡Es para nosotros tan fácil proporcionarles esta ayuda!

SALVADOR MUÑOZ IGLESIAS

AVE MARÍA PURÍSIMA

LA CREYENTE

ASI llamó a María su pariente Isabel el día de la Visitación, adelantándose a la Bienaventuranza de la Fe, que Jesús Resucitado enunciaría, tras las dudas y la confesión de Tomás: «*Bienaventurados los que sin ver creerán*» (Juan 20,29).

Normalmente las Bienaventuranzas aparecen formuladas en plural.

Isabel, sin embargo, llama a María Bienaventurada en singular. Literalmente, en la formulación del griego original del Evangelista, la alabanza de Isabel debería traducirse: *Bienaventurada Tú, la Creyente*. La expresión griega -un participio de aoristo con artículo- designa una cualidad permanente y distintiva. Es como un epíteto o sobrenombre característico de la Virgen, que desde ahora deberá ser conocida, como *la Creyente por excelencia*, como ocurre con la hermana de Lázaro, a la que San Juan (11,2) designa con otro participio aoristo («la Ungidora»), porque como tal dijo el Señor que sería famosa donde quiera que se predicase el Evangelio (Mt 26,13).

Tenía razón Isabel para cantar la fe de María, viendo en ella algo que había de pasar a la historia como distintivo de la Madre de Jesús. Porque lo de ellos, lo de Isabel y Zacarías -concebir a pesar de la esterilidad y la vejez- había ocurrido otras veces: en Abraham y Sara, en la madre de Samuel y en los padres de Sansón... Lo de María, en cambio -concebir sin obra de varón- era totalmente nuevo, inaudito, nunca visto.

María es la gran Creyente.

Creyente meritoria. Frente a los panegiristas baratos de las virtudes de María, Juan Pablo II en su «*Redemptoris Mater*» presenta la fe de la Virgen como un itinerario difícil, con «una particular *fati-*

ga del corazón, unida a una especie de *noche de la fe* -usando una expresión de San Juan de la Cruz como un *velo* a través del cual hay que acercarse al Invisible y vivir en la intimidad con el Misterio» (n. 17).

Así es María, modelo de fe para los cristianos.

Más que por una fe sin sombras -que habría sido absolutamente distinta de la nuestra-, por un itinerario de fe semejante al nuestro, acompañado de una particular fatiga del corazón, y traducido en una obediencia ciega a los «*insondables designios de Dios cuyos caminos son inescrutables*» (Rom 11,33).

María, retrato fiel del Divino Modelo Cristo, es para nosotros el primer modelo en aquello en que Cristo no pudo serlo.

Cristo no pudo tener fe.

Y siendo la fe tan importante para el hombre, quiso Dios que María fuera en ello el ejemplo luminoso que debíamos imitar.

La Eucaristía es el «misterio de nuestra Fe».

En Cafarnaum, su anuncio fue ocasión de escándalo para muchos, que decían: «Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?» (Juan 6,60).

Con Pedro, nosotros creemos.

Cierto que la fe cristiana es siempre -y de manera especial en el Misterio Eucarístico- promesa de cosas inverosímiles que nunca pudimos soñar.

Por eso la Fe entraña siempre Esperanza.

Y Amor.

Todo el amor que hace falta para fiarse.

Lo que tuvo María.

Lo que quiero tener yo también para ser, como Ella, Bienaventurado.



VOZ DE LA IGLESIA

EL ROSARIO DURANTE LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA

EL 16 de octubre de 2002, con motivo del inicio del año XXV de su Pontificado, el Santo Padre Juan Pablo II ha querido publicar una Carta Apostólica, con el título de *Rosarium Virginis Maris* dedicada a esta «oración apreciada por numerosos Santos y fomentada por el Magisterio».

Hay que reconocer que el rezo del Santo Rosario ha sufrido en los últimos treinta o cuarenta años una crisis, de la que el Magisterio Pontificio ha intentado en distintas ocasiones hacerlo salir. La orientación señalada por el Concilio Vaticano II de que la Eucaristía debe ser «fuente y culmen de toda la vida cristiana» (*Lumen Gentium*, 11) ha dado lugar a una interpretación reduccionista -y empobrecedora, por tanto, de la vida de la Iglesia-, como si todo debiera ser sólo una de las formas del culto eucarístico; como si las otras formas del culto cristiano -aún eucarístico- fueran algo menospreciable; y como si se hubiera perdido todo interés por encontrar si ciertas expresiones, hasta entonces venerables, de la piedad de la Iglesia, hubieran perdido (o no hubieran tenido nunca) la menor relación con el misterio

de Cristo, hecho presente en la Eucaristía. Víctima de esta interpretación reduccionista y empobrecedora ha sido, sobre todo, el rezo del Santo Rosario, precisamente por su gran difusión anterior en la piedad popular.

Ya el Papa Paulo VI, en la Exhortación apostólica *Marialis cultus*, de 2 de febrero de 1974, «para la recta ordenación y desarrollo del culto a la Santísima Virgen María», había destacado «la índole evangélica del Rosario, en cuanto saca del Evangelio el enunciado de los misterios y las fórmulas principales» (n.º 44), «oración de orientación profundamente cristológica» (n.º 46); y, también, que, sin la contemplación, «el Rosario es un cuerpo sin alma, y su rezo corre el peligro de convertirse en mecánica repetición de fórmulas y de contradecir la advertencia de Jesús: "cuando oréis no seáis charlatanes como los paganos, que creen ser escuchados en virtud de su locuacidad" (*Mt* 6,7)» (n.º 47).

En estas mismas ideas se apoya Juan Pablo II para comenzar diciendo que aunque el Rosario «se distingue por su carácter mariano, es una ora-

ción centrada en la cristología [...] Con él el pueblo cristiano *aprende de María* a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor» (n.º 1). Realmente, la mariología no tiene ningún sentido, dentro del pensamiento cristiano, si no es porque María es la Madre de Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre.

Es con este motivo con el que introduce el Papa algo que muchos fieles habían dado por supuesto en estos últimos años: después de los tres años de preparación al Gran Jubileo del año 2000, dedicados, respectivamente, a la contemplación de los misterios del Hijo, del Espíritu Santo y del Padre, no podía faltar una celebración especialmente dedicada a la Santísima Virgen y, ya que no por medio de un Año Mariano, específicamente tal, Juan Pablo II ha proclamado «el año que va de este octubre a octubre de 2003 *Año del Rosario*» (n.º 3).

Insiste el Papa en que, pese a las objeciones que puedan formularse, el «motivo más importante» para insistir en el rezo del Rosario «es por ser un medio sumamente válido para favorecer en los fieles la *exigencia de contemplación del misterio cris-*

tiano. De esta forma, habremos de ver, a partir de la enseñanza pontificia, si la contemplación cristocéntrica de los misterios del Rosario hacen compatible esta devoción con la adoración del misterio de Cristo, presente en la Eucaristía.

Pero la compañía de María en la contemplación del cristiano del Misterio de Cristo, a través de los misterios del Rosario, no se reduce a que María se encontrara presente en los misterios que contemplamos: es la misma Virgen María la que guía nuestra contemplación: «La contemplación de Cristo tiene en María su *modelo insuperable*. El rostro del Hijo le pertenece de un modo especial. Ha sido en su vientre donde se ha formado, tomando también de Ella una semejanza humana que evoca una intimidad espiritual ciertamente más grande aún. Nadie se ha dedicado con la asiduidad de María a la contemplación del rostro de Cristo. Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él ya en la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo; en los meses sucesivos empieza a sentir su presencia y a imaginar sus rasgos. Cuando por fin lo da a luz en Belén, sus ojos se vuelven también tiernamente sobre el rostro del Hijo, cuando lo «envolvió en pañales y le acostó en un pesebre» (*Le 2, 7*). Desde entonces su mirada, siempre llena de adoración y asombro, no se apartará jamás de Él. Será a veces *una mirada interrogadora*, como en el episodio de su extravío en el templo:

«Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?» (*Le 2, 48*); será en todo caso *una mirada penetrante*, capaz de leer en lo íntimo de Jesús, hasta percibir sus sentimientos escondidos y presentir sus decisiones, como en Caná (cf. *Jn 2, 5*); otras veces será *una mirada dolorida*, sobre todo bajo la cruz, donde todavía será, en cierto sentido, la mirada de la "parturienta", ya que María no se limitará a compartir la pasión y la muerte del Unigénito, sino que acogerá al nuevo hijo en el discípulo predilecto confiado a Ella (cf. *Jn 19, 26-27*); en la mañana de Pascua será *una mirada radiante* por la alegría de la resurrección y, por fin, *una mirada ardorosa* por la efusión del Espíritu en el día de Pentecostés (cf. *Hch 1,14*)» (n.º 10).



De esta manera, el aprovechar la contemplación de María de los misterios de Cristo, nos debe ayudar a hacer cada uno de nosotros nuestra propia contemplación: no podemos entender el Santo

Rosario como contemplar *a María*, presente en los misterios de Cristo; sino como contemplar *con María* los mismos misterios del Señor.

Cuando en el año 1974 se presenta la edición española del *Ritual de la Sagrada Comunión y del Culto a la Eucaristía fuera de la Misa*, al tratar de la exposición del Santísimo Sacramento «se prohíbe la exposición tenida únicamente para dar la bendición» (n.º 89). Por ello se establece que, durante el tiempo en que esté expuesto el Santísimo Sacramento, y antes de dar la bendición, «se dedique un tiempo conveniente a la lectura de la palabra de Dios, a los cánticos, a las preces y a la oración en silencio prolongada durante algún tiempo». El aprovechar las enseñanzas del Romano Pontífice para una más profunda valoración del rezo del Santo Rosario, redescubriendo, si es preciso, su hondo sentido cristológico, nos ayudará, sin duda, a darle el puesto que le corresponde en las Vigilias Eucarísticas. Sólo en el caso de que, lamentablemente, dejáramos reducido el rosario a lo que no debe ser, podríamos seguir marginándolo -como tantas veces se ha venido pretendiendo- de nuestra adoración eucarística; pero, para restaurar el rezo del Santo Rosario al puesto que le corresponde, tenemos el deber de recuperar la conciencia de su significado y su valor. Y a ello nos estimula la reciente carta apostólica del Papa Juan Pablo II.

JOSÉ E GUIJARRO GARCÍA

TRES MESES

Nota de prensa final de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española

Con la participación de 78 obispos, el 18 de noviembre, tuvo lugar en la Casa de la Iglesia la LXXIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española (CEE), que comenzó con el discurso de su Presidente, Cardenal Antonio M.^a Rouco Varela, quien se refirió, sobre todo, a los cuatro viajes apostólicos del Santo Padre Juan Pablo II a España, a sus frutos pastorales y la actualidad y vigencia de sus mensajes. Aludió asimismo a distintas cuestiones de la actualidad eclesial y social y al orden del día de la presente Asamblea Plenaria.

Los Presidentes de las Comisiones Episcopales han informado de las actividades y proyectos de las mismas y sobre el cumplimiento de las acciones previstas en el Plan Pastoral. El Obispo Secretario General ha informado asimismo sobre las acciones y proyectos del Fondo «Nueva Evangelización».

Proyecto televisivo de COPE

Monseñor José Sánchez González, Obispo de Sigüenza-Guadalajara y Presidente de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social, y Monseñor Bernardo Herráez Rubio, Presidente del Consejo de Administración de la Cadena COPE, han presentado a la asamblea un amplio informe sobre Popular TV, proyecto televisivo de COPE, que cuenta ya con unos treinta postes emisores en otras tantas diócesis españolas, tema que ha suscitado un vivo interés entre los Obispos.

Próximo Congreso Eucarístico Internacional

El Obispo Secretario General de la CEE Monseñor Elias Yanes Álvarez, Arzobispo de Zaragoza y representante de la CEE, comunicó a la Asamblea Plenaria que Monseñor Carmelo Borobia Isasa, Obispo de Tarazona, ha sido nombrado por el Comité Ejecutivo Delegado Nacional de la CEE para los Congresos Eucarísticos

Internacionales. El próximo Congreso Eucarístico Internacional tendrá lugar en la ciudad de Guadalajara (México) del 10 al 17 de noviembre del año 2004.

Ante el hundimiento del «Prestige»

Los miembros de la Conferencia Episcopal Española han seguido con preocupación en estos días las noticias sobre la catástrofe ecológica acaecida en las costas de Galicia. Hacen suyas las notas publicadas por el Arzobispo de Santiago y por los Obispos responsables del Apostolado del Mar en España, Francia y Portugal.

Al mismo tiempo que manifiestan su solidaridad fraterna con las familias afectadas por esta tragedia, alientan a las autoridades en su propósito de dar soluciones urgentes a los graves problemas de quienes están sufriendo ya los efectos de este hecho lamentable. Recuerdan que el lucro inmoderado a cualquier precio no puede ser el fin exclusivo de las actividades mercantiles, y que el respeto y el cuidado de la naturaleza es un deber moral y religioso. Dios creador y padre nos ha legado el universo, obra de sus manos, para que sea la casa habitable de todos los seres humanos y para que lo perfeccionemos y desarrollemos al servicio de todos los hombres. El mar en concreto, como afirman los citados Obispos responsables de este sector pastoral «no es un vertedero, es un lugar de vida y don de Dios».

Presentación de la Instrucción Pastoral sobre terrorismo de la CEE

Los obispos españoles, que se han reunido en la LXXIX Asamblea Plenaria de la CEE, han elaborado una Instrucción Pastoral sobre «Valoración moral del terrorismo en España, de sus causas y consecuencias». En ella, en cinco capítulos, se enjuicia moralmente el terrorismo en los siguientes términos:

1º Juicio moral sobre el terrorismo de ETA:

- El terrorismo es una realidad intrínsecamente perversa, nunca justificable, que debe ser calificada como una «estructura de pecado».

- Este juicio moral debe aplicarse tanto a la organización terrorista ETA como a sus colaboradores.

2.º Entendemos que ETA es una asociación terrorista, de ideología marxista revolucionaria, que propugna un nacionalismo totalitario y persigue la independencia del País Vasco por todos los medios. Por eso, entre las causas del terrorismo de ETA hemos señalado y analizado las siguientes:

1. La ideología marxista revolucionaria.
2. El nacionalismo totalitario.
3. La voluntad impositiva de independencia.

- Respecto al tema del nacionalismo, hay que decir que el documento no enjuicia moralmente el nacionalismo en general -opción política que puede ser perfectamente legítima y moral, cuando se armoniza con las exigencias del bien común-, sino el nacionalismo de ETA, que es totalitario e idolátrico y, en consecuencia, gravemente inmoral.

- Respecto a la voluntad impositiva de independencia, los obispos hemos recordado, a partir de la Doctrina Social de la Iglesia, que no cualquier pretensión de independencia es moral. Poner en peligro la convivencia de los españoles, negando unilateralmente la soberanía de España, no es ni prudente ni moralmente aceptable. La Constitución española de 1978 es hoy el marco ineludible de convivencia. Por eso, pretender unilateralmente alterar este ordenamiento en función de una determinada voluntad de poder es inadmisibile.

- Concluimos la Instrucción con una firme invitación a recuperar la esperanza:

Ante el terrorismo de ETA, la Iglesia proclama de nuevo la necesidad de la conversión de los corazones como el único camino para la verdadera paz.

Los obispos pedimos a todos los católicos que, encontrando su fuerza en la Eucaristía, hagan de sus comunidades centros de comunión de las personas, donde se condene sin equívocos el terrorismo y se comparta la fe que construye la fraternidad entre los hombres y los pueblos.

Analizada la maldad intrínseca del terrorismo de ETA y de su entorno y señalada la misión evangelizadora específica de la Iglesia, los obispos insistimos en la necesidad ineludible de acompañar y atender, de modo especial, a las víctimas del terrorismo, haciendo propia además la preocupación de los que viven en un estado constante de amenaza o de presión.

La Iglesia, en sus pastores, invita además a ofrecer y recibir el perdón, consciente de que no hay paz sin justicia, ni justicia sin perdón. Sabiendo que el perdón es don de Dios, pedimos a todos los creyentes que intensifiquen la oración.

Objeción de conciencia de los médicos católicos

El arzobispo de Barcelona, cardenal Ricard María Caries, en su intervención en las Jornadas sobre

Objeción de Conciencia, organizadas en Barcelona por Médicos Cristianos de Cataluña, defendió «el derecho legal y **el deber moral de decir no** cuando el Estado o la sociedad piden una actuación contra su conciencia. Es decir -aclaró- el derecho a no practicar el aborto, a no vender la pildora del día después, a no facilitar la reproducción asistida y a no utilizar células embrionarias para la investigación».

La doctora Montserrat Rutllant, de la Fundación Pro Vida de Cataluña, dijo que el «derecho a la objeción de conciencia está en peligro en España en múltiples sentidos» y crea crecientes problemas a médicos, farmacéuticos e investigadores católicos, sometidos a un fuerte acoso por los medios de comunicación y funcionarios gubernamentales, y por las leyes que se están dictando.

XL Jornada Mundial de Oración por las vocaciones 2003

La Santa Sede ha hecho público el mensaje del Papa Juan Pablo II para la XL Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, que tendrá lugar, como es habitual, el IV Domingo de Pascua, que, en el año 2003, será el día 11 de mayo. El tema de esta Jornada para el año 2003 es la vocación al servicio. La Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones fue creada en el año 1964 por el Papa Pablo VI. Todos los años cuenta con Mensaje papal. En España organizan y animan las Jornadas el Secretariado de Seminarios y Universidades de la CEE y el Departamento de Pastoral Vocacional y Juvenil de la CONFER.

El Parlamento Europeo pide la prohibición universal de toda clonación humana

El Parlamento Europeo aprobó el 21 de noviembre último una resolución en la que se muestra a favor de una prohibición universal y específica de todo tipo de clonación de seres humanos, en todas sus fases de formación y desarrollo.

Los diputados europeos adoptaron por 271 votos a favor y 154 en contra una enmienda introducida en el párrafo 20 en el que se pide a la Comisión Europea y a los Estados Miembros la prohibición de toda forma de clonación.

El nuevo artículo dice: «[El Parlamento Europeo] recuerda solemnemente el respeto debido a la vida y a la dignidad de todo ser humano, sea cual fuere su estado de desarrollo y de salud, y rechaza toda forma de investigación o utilización de las ciencias de la vida y de la biotecnología que sea contraria al citado principio fundamental». A continuación, el Parlamento «reitera con insistencia que las Naciones Unidas deberían imponer una prohibición universal y específica de la clonación de seres humanos en todas sus fases de formación y desarrollo, y pide a la Comisión y a los Estados miembros que trabajen con ese objetivo».

CANTAR A LA EUCARISTÍA

EL CIRIO

Ser cirio, Jesús, quisiera
para estar cerca de Tí,
e iluminar el Sagrario
donde quedaste por mí.

Ser vela que en «vela» esté,
lámpara de tu Sagrario,
para estar siempre contigo
nuestro amigo solitario.

Ser cera que se consume
en holocausto de amor,
en silencio, sin quejarme
de mi tenue resplandor.

Siendo único testigo
en las noches de dolor,
del pecado de los hombres,
del desprecio de tu amor.

Siendo luz que no se esconde
debajo del celemín,
sino que se eleva y clama
¡Nuestro Señor está aquí!

Prisionero en el Sagrario
por amor Jesús está,
esperando noche y día
tu respuesta en libertad.

En lo oscuro de la noche,
cuando todo es soledad,
cuando tus hijos se duermen,
el cirio velando está.

Cuando los fieles se marchan
y las iglesias se cierran,
que no se apague mi cirio,
que permanezca en alerta.

Como una «virgen prudente»
en espera vigilante,
con el aceite en su alcuza
para alumbrarte al instante.

Al atardecer, «tus días»
Jesús examinará
si en el cirio de tu vida
tú dejaste de alumbrar;
si fuiste luz para el hombre
que camina sin saber
dónde está la «Luz del mundo»,
dónde esperando está Él.

Cuando todos Te abandonan,
a tu lado sigue el cirio,
como lo estuvo María
cuando sufriste martirio.

Cuando mi cirio se apague,
yo te pido, mi Señor,
que mis últimos destellos
recibas con compasión.

Que no tengas que decirme
que no he sabido velar,
una hora en esta noche
en que me has de juzgar.

Ser Cirio Pascual quisiera
y al mundo entero anunciar:
¡Jesús ha resucitado
y ya nunca morirá!
Y quien en Cristo muriere
con Él resucitará.

Este sencillo poema ocupa las páginas 48 y 49 del libro de *Fernando Valmaseda Solas*, «Ven y sígueme» (Poemas de un seglar) (Vigo, 2002) - 212 págs.

Fernando Valmaseda, nacido en Soto de Dueñas (Oviedo) el 7 de octubre de 1930, pasó su niñez, adolescencia y juventud en Toledo, donde conoció a la que hoy es madre de sus seis hijos.

Supo alternar sus ocupaciones profesionales con la pertenencia a los Cursillos de Cristiandad y a la Adoración Nocturna Española. «Para Don Fernando -dice Monseñor José Diéguez Reboledo, Obispo de Tuy-Vigo en el prólogo a estos poemas- no se trata de nombres o títulos honoríficos, ni tampoco de meras pertenencias. Son expresiones de lo que busca, vive y ama. Adorador que pasa horas ante el Sagrario en diálogo con el Amigo... Cursillista de Cristiandad que conoce bien su tarea de ser luz que ilumina y sal que transforma y condimenta».

El tema de la composición que hemos seleccionado concuerda sustancialmente con el título de nuestra Revista. Semejante a la lámpara que alumbra permanentemente al Tabernáculo, es el cirio que se consume en la presencia del Señor Sacramentado.

Buena parte de las 114 piezas que forman el libro de Fernando Valmaseda son de tema eucarístico o hacen referencia a la Eucaristía. Pero con esta doble particularidad: La verdadera devoción al Sacramento del Amor no se concibe sin traducirse en apostolado eucarístico, y a su vez la obligada acción de gracias por este regalo del Señor se plasma necesariamente en servicio a los hermanos que necesitan de nosotros.

Marquina hacía decir a Teresa de Jesús en sus *Estampas Carmelitas*:

«Oración de obras importa
que recemos los cristianos.
Para juntarlas viviendo,

como se suele debajo
del techo del ataúd...
¡Dios no nos diera estas manos!

Y de esas manos escribe Valmaseda:

«Manos que Dios nos ha dado
como las que tiene Dios:
para acariciar a todos,

para implorar su perdón,
para curar las heridas,
para el dolor mitigar;
para brindar
nuestra ayuda
al que vive en soledad;
para llevar alegría,
para la sed aplacar;
para bendecir a todos,
para por todos rezar,
cuando unimos
nuestras manos
en plegaria de unidad».

Y en una invocación a un
«Cristo manco», grita:

«Pero tu, Jesús, nos pides
que te prestemos
los brazos
para seguir bendiciendo,
para seguir en la cruz
por el costado sangrando,
para seguir abrazando...
Tu en la Cruz mueres
por todos
y a la misma das tu
abrazo,
y desde el madero gritas:
¡Vosotros seréis
mis brazos!



Un Cristo tengo en mi casa
al que le faltan los brazos...
Ya nunca lo miraré
con sensación de fracaso.
Lo miraré con amor
y lo colmaré de abrazos.
Y gracias daré al Señor
por solicitar mis brazos».

Que Dios bendiga a Fernando Valmaseda por el bien que sus poemas han de hacer a los que tengan la suerte de saborearlos.

ALGO DE HISTORIA

YEPES: Una parroquia en torno a la Eucaristía

L a historia y la geografía española están llenas de «milagros encarásticos» y de reliquias relacionadas con ellos.

Entre la historia y la leyenda, arropadas por la bruma de los siglos, nos llegan las narraciones de hechos que dieron lugar a una devoción renovada a la Eucaristía y que sigue siendo centro e impulso de esa devoción.

El proceso es con frecuencia el mismo: unas dudas del sacerdote celebrante que encuentran una respuesta en el hecho sobrenatural de percibirse la sangre del Señor en el cáliz, sangre que desborda el cáliz y empapa los corporales.

La parroquia de Yepes en Toledo, celebraba hace poco el IV centenario de la llegada a la parroquia de la Santa Reliquia de la Sangre de Cristo. En un hermoso relicario se muestra un trozo de un corporal que presenta las señales de la sangre brotada de una hostia consagrada.

Los avatares de esta reliquia son copiosos y están bien documentados.

Hacia 1380 un sacerdote, mosén Tomás, regía la pequeña y pintoresca localidad de Cimballa a orillas del río Piedra, dentro del obispado de Tarazona, en la provincia de Zaragoza, reino de Aragón.

Celebrando este sacerdote la santa misa y hecha la consagración del pan y del vino, dudó si realmente Cristo estaba presente en la Hostia consagrada; al punto comenzó a brotar sangre de ella, manchando la blancura del corporal quedando intacta la Santa Hostia. Durante algunos años se conservó en Cimballa este Santo Misterio Eucarístico para el que los naturales labraron un arca de piedra que colocaron sobre dos leones del mismo material con fuertes cerraduras para su seguridad y custodia.

Llegado a oídos de don Martín, rey de Aragón, tan singular prodigio, pidió y consiguió

de Cimballa que le fuese entregado este Santo Misterio para venerarlo en la capilla de palacio de Zaragoza y librarlo del peligro que corría por las continuas guerras entre Aragón y Castilla. En recompensa el rey concedió a Cimballa ciertos privilegios y exenciones reales (20/11/1398).

El rey don Martín con anterioridad a su muerte, acaecida el 31 de mayo de 1410, hizo donación del Santo Corporal al Monasterio de Nuestra Señora la Real de Piedra de la Orden del Cister, no lejos de Cimballa, para su veneración y custodia. El año 1600 era obispo de Tarazona el venerable P. fray Diego de Yepes, Jerónimo, hijo ilustre de la villa de Yepes en el Arzobispado y provincia de Toledo. Con ocasión de la visita pastoral al Real Monasterio le fue presentado el Santo Misterio y solicitó y obtuvo del P. Prior un trocito del santo Corporal que se llevó consigo a su palacio de Tarazona (13/10/1600), haciendo donación del mismo a su pueblo natal, Yepes, el 29 de julio de 1601, llegando a la villa el 5 de junio del año siguiente.

Desaparecida la Santa Reliquia de la Sangre de Cristo durante la guerra civil (1936-39), el Sr. Obispo de Tarazona concedió a la villa de Yepes un nuevo trocito del Santo Misterio de Cimballa, que hacía su entrada solemne en la villa el 26 de junio de 1940, celebrándose solemnes cultos y al día siguiente Pontifical oficiado por el Dr. Modrego, obispo auxiliar del Emmo. Cardenal Gomá, alma de la nueva concesión juntamente con el párroco don José Rivadeneira, ambos de feliz memoria.

Desde hace cuatro siglos, el 29 de junio, el pueblo de Yepes conmemora la llegada a la parroquia de esta insigne reliquia, que ha recordado a tantas generaciones el memorable misterio de la presencia de Cristo en la Eucaristía.

JESÚS GONZÁLEZ PRADO

EX LIBRIS

DON JOSÉ MARÍA GARCÍA LAHIGUERA



DON JOSÉ MARÍA GARCÍA LAHIGUERA

*Prólogo de Antonio María Rouco Varela
Cardenal Arzobispo de Madrid*
Ediciones Encuentro, S.A.

Las dos biografías escritas de Don José María García Lahiguera por Salvador Muñoz Iglesias -«Un carisma - Una vida», Madrid, 1991- y Vicente Cárcel Ortí-«Pasión por el Sacerdote», BAC, Madrid, 1997- reflejan la imagen que de él descubrieron, aunque mostrando especial interés por la actuación del biografiado en Madrid y Valencia respectivamente.

La presente biografía está escrita -muy bien escrita, dirigida por una pluma anónima- por las Hermanas Oblatas de Cristo Sacerdote, que Don José María junto con María del Carmen Hidalgo de Caviedes fundó en 1938. Tiene la enorme ventaja de presentar al Siervo de Dios como era por dentro. Sólo ellas han podido incluir en esta obra el autoretrato que de sí mismo nos dejó en sus numerosos escritos. Aparece en estas páginas el auténtico perfil espiritual del sacerdote y del obispo, y el eco inconfundible de su voz cantando un continuo Magnificat por las maravillas que el Señor obró en él.

En todas las etapas de su vida -seminarista, sacerdote -sacerdote de los sacerdotes-, obispo auxiliar de Madrid, obispo de Huelva, arzobispo de Valencia, aparecen como una constante su lema: «Sacerdos et Hostia». Sus tres amores, o tres virtudes que eran como connaturales en él; Cristo, el sacerdocio, la Virgen María. Y, en Cristo, la Iglesia, y en el sacerdocio, las almas, y en la Virgen María, una devoción mariana, que supo infiltrar hasta la locura». Don José María se volvía loco, así textualmente, loco, ante cualquier manifestación de devoción a la Santísima Virgen. La amaba tan entrañablemente que todas las advocaciones, de cualquier parte de España y hasta del mundo, le conmovían y como que se integraba en ellas.

Referente a la Adoración Nocturna dice: «Yo no puedo olvidar aquel hombre -habla de su buen padre- que, con la bandera desplegada, hizo sentir en mi alma de seis, siete, ocho y nueve años, el amor a esta obra, y para imitarle, también yo llevaba a esa edad la misma bandera, pero pequeña, tal corresponde a los tarsicios... El Señor me ha elevado en la Adoración Nocturna Española, a director espiritual del Consejo Supremo y de la Sección Primaria de aquí de Madrid... «Paladín de la devoción eucarística» fue la definición que, en cierta ocasión se dio de don José María, y que a él, sin duda, le sabría como el mejor elogio. Cómo gozaba él «inefablemente -dicen en aquellas tardes domingueras, una al mes, en que celebrábamos, valga la expresión, nuestra vigilia de tarsicios. Entonces me sembraron en el alma este cariño y este amor a la Adoración Nocturna Española, a la que siempre he pertenecido y en la que Dios me haga morir bajo su blanca bandera». En la solemne conmemoración de las bodas de oro de la Adoración Nocturna de San Sebastián, habla con un entusiasmo y fervor que no pueden ser más que el fruto maduro de su profunda piedad eucarística. «La Eucaristía es para mí el centro de mi vida».

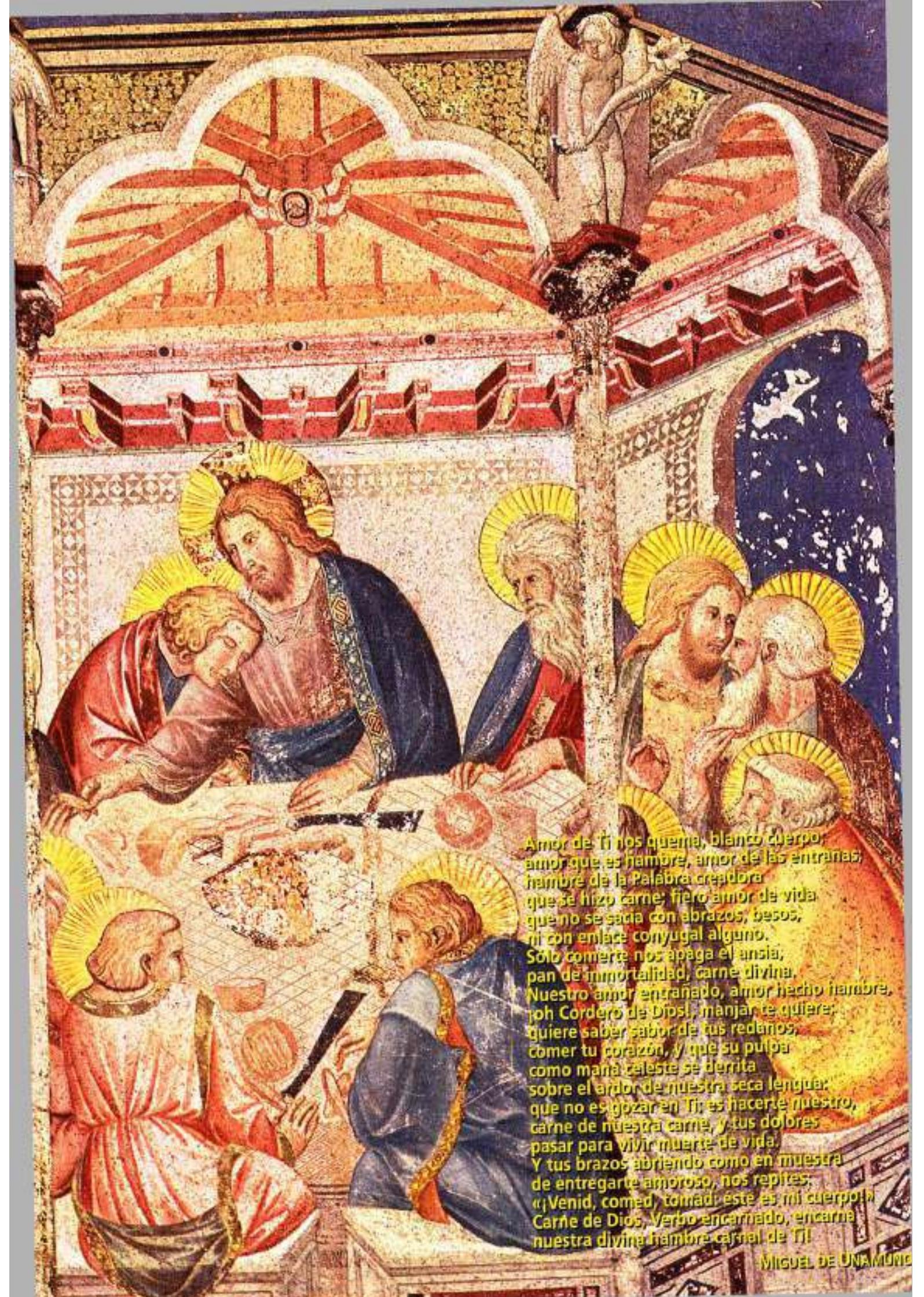
Durante la guerra civil ejerció el ministerio sacerdotal arriesgando su vida, sobre todo atendiendo a sus hermanos sacerdotes. Pudo esconder en un tubo de órgano del Seminario un cuadro de la Inmaculada que estaba destinado a la basura.

Participó en el Concilio Vaticano II, disertando en una de sus últimas sesiones sobre «El ministerio y vida de los presbíteros».

Siendo Obispo de Huelva, en 1968, mezclado como un marinero más, viaja a Dakar, donde trabajan muchos onubenses. Y siendo arzobispo de Valencia realiza una visita pastoral a Latinoamérica.

El 27 de mayo de 1978 le fue concedida la jubilación. Se retira al Monasterio que tienen sus Oblatas en Madrid. «¡Qué bueno es Dios! ¡Qué bueno es Dios!», repite constantemente. Su salud va deteriorándose poco a poco, hasta perder el habla. El 14 de julio de 1989, a las 8,15 entrega su alma a Dios. «No busqué mi gloria en ningún momento de mi vida, Señor; no he buscado mi gloria, sino la tuya. Y así, por tu gracia, Padre mío, Dios mío, Señor mío, toda mi vida ha sido un cántico de gloria, un glorificarte sin cesar».

JOSÉ LUIS OTAÑO, S.M.



Amor de Ti nos quema, blanco cuerpo,
amor que es hambre, amor de las entrañas,
hambre de la Palabra creadora
que se hizo carne; fiero amor de vida
que no se sacia con abrazos, besos,
ni con emlace conyugal alguno.
Solo comerte nos apaga el ansia,
pan de inmortalidad, carne divina.
Nuestro amor entranaado, amor hecho hambre,
¡oh Cordero de Dios!, manjar te quiere;
quiere saber sabor de tus redanos,
comer tu corazón, y que su pulpa
como maná celeste se derrita
sobre el ardor de nuestra seca lengua;
que no es gozar en Ti; es hacerte nuestro,
carne de nuestra carne, y tus dolores
pasar para vivir muerte de vida.
Y tus brazos abriendo como en muestra
de entregarte amoroso, nos repites:
«¡Venid, comed, tomad; éste es mi cuerpo!»
Carne de Dios, Verbo encarnado, encarna
nuestra divina hambre carnal de Ti!